

Discurso pronunciado por el Dr. Carlos Federico Pérez en la sesión solemne celebrada por la Academia Dominicana de la Historia en conmemoración del 150 aniversario de la muerte del Libertador Simón Bolívar.

En una fecha como la de hoy, hace 150 años, encontró su término la vida del Libertador Simón Bolívar, para elevarse desde la eternidad a las cimas enaltecidas de los grandes próceres americanos. Las dimensiones de su gloria son tales que su recuerdo concita la admiración unánime de las patrias de nuestro continente, porque su pensamiento y su acción fueron como riego fecundo que desde el río Bravo hasta la Tierra del Fuego hizo fructificar o contribuyó a que adquiriera vigor el anhelo de libertad que para los comienzos del siglo XIX demandaba la Historia a los pueblos americanos.

En este sentido, Santo Domingo, génesis y hontanar de América, acendra hechos y evocaciones que en parte mueven a la Academia Dominicana de la Historia a contribuir con este acto a dar expresión de la presencia dominicana en el hermanado tributo de las naciones de este continente al genio del Libertador.

Recordemos, señores, que en nuestro solar isleño fue donde primero se asentó la estirpe del futuro Libertador y que Simón de Bolívar y Jáuregui, su quinto abuelo, enlazó en



la ciudad de Santo Domingo con doña Ana Hernández de Castro, nativa del suelo quisqueyano y miembro de la familia principal. Los descendientes de aquel connubio, cuando se trasladaron a la hermana Venezuela, después de 14 años de permanencia aquí, llevaban ya sangre americana, sangre con el sol de América y con las aguas de los cielos y los ríos americanos.

Acerca de este dato genealógico dijimos en otra oportunidad que “esas vinculaciones silenciosas y en apariencia inoperantes, son a la luz de la revisión histórica, elementos activos y eficaces para atribuir vigencia lógica y sustanciada a nuestra alertada conciencia de hoy, abrazada al ideal de la indisoluble unidad de los pueblos de América”.

“No fue en realidad poco lo que contribuyeron esas ocultas vetas de solidaridad —proseguimos— a propiciar la aparición, en el momento heroico de nuestra historia, de los grandes héroes de varias patrias a la vez, como San Martín que extiende su obra libertadora hasta Chile y el Perú; del propio Bolívar, que constela el cielo de la libertad americana con cinco nacionalidades; del dominicano Máximo Gómez, el último libertador de América”.

Pero, en esta oportunidad, mencionamos el vínculo genealógico de Bolívar con Santo Domingo porque pretendemos atribuirle carácter trascendente no ajeno, en cierta medida, a la predestinación si tenemos en cuenta que, cuando ocurre la eclosión libertadora, la solidaridad americana que es elevada a consigna suprema por el lúcido pensamiento político del Libertador, se compagina con las circunstancias y los hechos que citaremos más adelante y los cuales configuraron entonces y después una constante histórica para Santo Domingo, esto es, la de ofrenda en recursos y hombres notables al auge de países hermanos.

Determinaciones de cierta índole condicionan en cada localización el desarrollo histórico en el transcurso de los tiempos. Nos parece que puede afirmarse por eso que el devenir procede en proporción apreciable con lo que tal vez



sea admisible calificar de estrategia previamente trazada, la que contribuye luego, dentro de la perspectiva que nos ofrece el pretérito, a definir lo que llamamos las constantes históricas, o sea, la sucesión de circunstancias y acontecimientos que a lo largo de los anales de una región, de un país, de un continente, se repite con más o menos continuidad y semejanza, aunque nunca la reiteración comporta, ni siquiera eventualmente, identidad absoluta, pues ello anularía la Historia.

El caso de la isla de Santo Domingo constituye, a juicio nuestro, un claro e ilustrativo ejemplo de lo que venimos diciendo. Su descubrimiento por Cristóbal Colón, el 5 de diciembre de 1492, y la atracción que provoca en el ilustre Descubridor desde el primer momento, coinciden luego con la particularidad geográfica de su condición isleña y la de ser, además, centro más o menos equidistante de todo un continente. Noción de esta última particularidad jamás la tuvo Colón, pero tales circunstancias lucen como un designio providencial para que la isla fuera punto de partida de los descubrimientos, las conquistas y las colonizaciones hacia los cuatro puntos cardinales de nuestras tierras.

Basta para confirmarlo el mérito de nuestras primacías materiales y espirituales. Catedral, universidad, arzobispado, Real Audiencia y por sobre todo el primer grito de la Edad Moderna en defensa de los derechos esenciales del hombre, el cual debía repercutir, con carácter universal, a través de las edades.

Fueron estas primacías las que sustanciaron los comienzos de la constante histórica a que venimos refiriéndonos y que es pasible de ser calificada como raíz y origen de la solidaridad americana. Santo Domingo, realizado por ellas, concurre a extenderlas hasta las tierras hermanas hasta el punto de que pronto se extenua con la donación de sus elementos vitales. Debilitado entonces se remansará en la oscura y prolongada etapa de su marginación, sin que ello lo prive de seguir dando luces en la fragua espiritual de su vetusta



universidad, madre de otras, y crisol adonde acudieron los estudiosos de las regiones aledañas. Pasados los siglos, el capítulo de la edad colonial se cierra con el verdadero éxodo que provoca el tratado de Basilea, desgarramiento sin igual en los anales americanos, pero que es savia nutricia para la cultura y el progreso de los solares vecinos.

Estamos ya en el momento que aquella vieja estirpe asentada en Santo Domingo en la segunda mitad del siglo XVI, la de los Bolívares, ha cristalizado en el genio sobresaliente de la libertad de América. En su pensamiento y en su acción el ideal de la solidaridad americana cobrará el dinamismo que provenía de cuanto el transcurso de los siglos había alquitarado como esencia de una vida común, de un proceso similar, aunque no igualitario, y de una proyección hacia el futuro que reclamaba, a manera de garantía de vida, la preservación de cuanto unía la cautela hacia cuanto disgregaba.

El mandato de solidaridad entre los pueblos americanos, que había configurado la Historia, adquiere en esta hora categoría de ideal político en los precursores y algunos de los adalides de la independencia americana, pero en Bolívar, a la luz del panorama del pasado, ese ideal se hace consigna suprema por la preeminencia con que lo elabora y por lo extraordinario de la acción con que lo confirma. En los grandes documentos provenientes de su verbo las primeras orientaciones apuntan en el Manifiesto de Cartagena, de 1813, y se corroboran y amplían luego en la famosa Carta de Jamaica de 1815. Ya para esta época, cuando el ideal alcanza una de sus más altas expresiones, el mismo está definido por la realidad, que ha golpeado rudamente a Bolívar. La experiencia vivida le ha hecho caer en cuenta de que sobre el fundamento de la igualdad de lengua, costumbres y religión, inciden las diferencias de situaciones, de intereses y finalidades. “Yo deseo —dice— ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza, que por su libertad y gloria. Aunque aspiro a la perfección del gobierno



de mi patria, no puedo persuadirme de que el Nuevo Mundo sea, por el momento, regido por una gran república; como es imposible no me atrevo a desearlo, y menos deseo una monarquía universal de América, porque este proyecto, sin ser útil, es también imposible”.

Por otro lado, el ideal institucional democrático, como para la época lo habían nivelado la madurez política de la Gran Bretaña, Francia y sobre todo los Estados Unidos lo estimaba también, a base de su experiencia, como inalcanzable para las antiguas colonias españolas cuya trayectoria política había transcurrido en sus mejores etapas bajo un despotismo paternal.

Pero el confrontamiento en la Carta de Jamaica, con resultado negativo, entre el supremo propósito de la solidaridad americana y los contornos y el fondo de la auténtica conformación de los pueblos a punto de advenir al disfrute de la independencia, no significó, sin embargo, ni remotamente, que Bolívar abandonara el ideal que el mandato de la Historia imponía al elenco de naciones que el pensamiento y la espada estaban fraguando. Las coincidencias entre las nuevas nacionalidades eran de mucho mayor peso que las diferencias que existían entre ellas y sobre todo gravitaban amenazadoramente los peligros extracontinentales que hacían inevitable la defensa común. Ya había ocurrido la derrota de Napoleón en Waterloo y las monarquías reaccionarias se aprestaban a la confirmación y reconquista de sus privilegios.

“Es una idea grandiosa —insiste Bolívar— pretender formar del Nuevo Mundo una sola nación, con un solo vínculo, que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres, y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos!



Es entonces cuando surge en la mente del Libertador la idea del futuro Congreso de Panamá. Esta concepción vendría a ser así fruto y solución de los factores contradictorios que, por un lado, se afincaban en la realidad, y por otro, en los fundamentos subyacentes que de manera clara demandaban el requerimiento de una conducta mancomunada. Esto es, las diversidades entre los pueblos americanos hacían prever organizaciones políticas, económicas y sociales de acuerdo con las características, las situaciones y los intereses locales, pero tales divergencias podían y debían conjugarse en aras de la suprema finalidad de la acción común y de los grandes intereses colectivos que se basaban en la ubicación geográfica, en la identidad de origen y en la comunidad de cultura y aspiraciones.

La solidaridad americana, en la cual Santo Domingo por los acontecimientos de su historia y por las ejecutorias posteriores de muchos de sus hijos, tiene tantos puntos que anotarse, se trasluce en esta concepción bolivariana influida sin duda por las corrientes del enciclopedismo del siglo XVIII y sobre todo por la derivación democrática que las mismas alcanzaron en el pensamiento de Juan Jacobo Rosseau. Lo estimamos así porque ante la dificultad de la unificación de los pueblos hispanoamericanos bajo un solo gobierno, y por los obstáculos que levantaba para su organización interna la inmadurez política que los aquejaba, Bolívar presupone la posibilidad de la armonía ante el peligro de las grandes asechanzas del exterior. Probablemente al evocar la anfictionía helénica tenía muy en cuenta que las grandes contradicciones entre las ciudades estados de la Grecia antigua encontraron un punto convergencia ante el riesgo inminente de la embestida del imperio persa.

Si bien no puede desecharse en el esquema con que el Libertador deja entrever, en el proyecto del Congreso de Panamá, su preocupación por la solidaridad entre los pueblos americanos, el influjo de pensamientos contemporáneos así como el ejemplo de sucesos de la historia antigua, no



es menos cierto que dentro de las circunstancias del momento su idea, como afirma Víctor Andrés Belaúnde, “no imita ni sigue ciegamente determinadas corrientes”, sino que presenta “una concepción de incuestionable originalidad y fuerza”.

Al abundar sobre el mismo tema, nuestro ilustre ensayista, Manuel Arturo Peña Batlle, afirma “De este modo aunaba el Libertador en una creación genial y nueva los elementos que más saludablemente hubieran influido, unidos, sobre los destinos de la América del Sur: el individualismo que legó España a sus colonias, y la necesidad en que éstas estaban de desarrollar fuerzas cohesivas que las engrandecieran y las fortalecieran, tan pronto como se vieran libres”.

El ideario bolivariano en procura de la solidaridad hispanoamericana sumas nuevas explicaciones en el Congreso de Angostura, de 1819, cuna de la Gran Colombia, para sufrir su prueba de fuego en el propio Congreso de Panamá de 1826. Para entonces, la América continental hispánica había cimentado plenamente la independencia, con excepción de las Antillas, en donde el Santo Domingo español, librado a sus mermadas fuerzas, había visto frustrada la ínsita vocación que sus antecedentes le imponían, prosiguiendo en cambio por el agónico camino de una isla dividida. Por otro lado, la Europa continental, aglutinada bajo la Santa Alianza, había dado muestras de proponerse extender hasta la América liberada los principios del legitimismo, basados en la vuelta a la situación anterior a la Revolución Francesa.

De magros pueden calificarse los logros del Congreso de Panamá, tanto por el número de asistentes, como por los resultados, los cuales se contrajeron a un tratado de alianza más o menos afectivo. Bolívar estuvo lejos de quedar satisfecho, pero no cabe duda en cuanto a la significación de la asamblea como primer hito, a nivel estatal, del mandato histórico de solidaridad entre los pueblos del continente y, consiguientemente, en cuanto a como ello elevó a la cumbre



de una proceridad genuina y esencialmente americana la figura del Libertador Simón Bolívar.

Gracias a los cimientos incrustados en el porvenir por aquel acontecimiento se ha levantado el espléndido edificio de una convivencia que, en sus principios, aunque los desmientan a veces los hechos, está regulada por una estructura jurídica que ampara asistencia económica, cooperación técnica y cultural, defensa común, mejoramiento social, y múltiples aspectos desarrollados con el patrocinio del sentimiento solidario que se hizo conciencia en los pueblos y gobiernos de América a partir del Congreso de Panamá.

De esta manera el pensamiento y la ejecutoria de Bolívar se encuentran revestidos a estas alturas de consistencia permanente, y constituyen la base del más elaborado de los sistemas regionales, en tal medida que ha servido de ejemplo a otros y el derecho internacional le es deudor de aportes sustanciales con carácter universal.

Desde luego que en la crítica situación que asedia al mundo en los días que corren el legado bolivariano es específicamente aleccionador para los pueblos americanos. Hay que cifrarlo en primer término en el valor preeminente de la mancomunidad que propugna entre ellos. Si Bolívar puso de manifiesto en los documentos públicos que produjo las diferencias y contradicciones que los separaban para entonces, subrayándolas como obstáculos para la consecución de la unidad y para la puesta en marcha de un esfuerzo convergente, no es menos cierto que sería tonto ignorar la magnitud que las tradicionales discrepancias y las que el curso de los tiempos han agregado representan en la actualidad. En este último aspecto ha de tenerse en cuenta que América, y muy especialmente Iberoamérica, ha experimentado un paulatino proceso de integración en las áreas mundiales en conflicto, políticas, económicas y sociales, a medida que la interdependencia ha cobrado la importancia sobresaliente que hoy la distingue en el campo de las relaciones internacionales. La expansión de influencias disímiles afluye no sólo desde los



ámbitos extracontinentales, según ocurría en los días de la epopeya independentista, sino que ahora es realidad operante desde el mismo ambiente continental ahondando y aumentando como consecuencia la gravitación negativa de las disparidades.

La complejidad del panorama no es por tanto nada alentador y requiere de los pueblos de nuestro continente una afanosa diligencia para limar las aristas de las disimilitudes, acortar las distancias, aprontarse a las comprensiones mutuas, renunciar a los egoísmos ambiciosos y extender en la mayor medida posible las asistencias recíprocas, porque males como la inflación, el desajuste social, la inestabilidad política, serían hoy para el Libertador motivo de graves preocupaciones a tono con la amplitud de los horizontes con que concibió el destino de América.

A la vista de lo que nuestras palabras han pretendido establecer, probablemente muy lejos de lograrlo, resultaría que el mandato de cohesión que se inició en Santo Domingo, que fue luego moldeado por una vida comunitaria dependiente de más de tres siglos, y que más tarde, en medio de la lucha por la libertad, Bolívar promovió a consigna suprema, para adquirir después, en la vida independiente, estructura y reconocimiento interestatales, merece ser calificado como brújula orientadora de los pueblos hispanoamericanos, los cuales, sin su auxilio, parecerían estar en riesgo de perder o desnaturalizar el rango que ostentan de nacionalidades libres y dueñas de una conformación acendrada durante cinco siglos que autoriza la proyección de un porvenir propio.

Este es, según lo entendemos, la profunda significación del mensaje bolivariano que hoy recordamos especialmente, con motivo de los ciento cincuenta años de la muerte del Libertador, mensaje que nos llega, como todo lo suyo, ornado con la evocación de sus glorias y la eterna lozanía de sus laureles.

